

# Despiértame con un beso

Clara Álbori



**tombooktu.com**

[www.facebook.com/tombooktu](http://www.facebook.com/tombooktu)

[www.tombooktu.blogspot.com](http://www.tombooktu.blogspot.com)

[www.twitter.com/tombooktu](http://www.twitter.com/tombooktu)

#despiertameconunbeso

**Colección:** Tombooktu Chicklit  
[www.chicklit.tombooktu.com](http://www.chicklit.tombooktu.com)  
[www.tombooktu.com](http://www.tombooktu.com)

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:  
[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)  
Si eres escritor contacta con Tombooktu:  
[www.facebook.com/editortombooktu](http://www.facebook.com/editortombooktu)

**Título:** *Despiértame con un beso*  
**Autor:** © Clara Álbori

**Elaboración de textos:** Santos Rodríguez  
**Revisión y adaptación literaria:** Teresa Escarpenter

**Responsable editorial:** Isabel López-Ayllón Martínez  
**Maquetación:** Patricia T. Sánchez Cid  
**Diseño de cubierta:** Santiago Bringas

Copyright de la presente edición en lengua castellana:  
© 2015 Ediciones Nowtilus S. L.  
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

**ISBN Papel:** 978-84-15747-60-4  
**ISBN Impresión bajo demanda:** 978-84-15747-61-1  
**ISBN Digital:** 978-84-15747-62-8  
**Fecha de publicación:** Junio 2015

Impreso en España  
**Imprime:** Servicepoint  
**Depósito legal:** M-18960-2015

A toda mi familia, a mi madre,  
a mi hermano y, en especial, a mi padre,  
por haber confiado en mí desde el principio y  
por haberme ayudado y apoyado en esta gran aventura.

# Índice



Prólogo .....	11
Capítulo 1. ....	13
Capítulo 2. ....	23
Capítulo 3. ....	31
Capítulo 4. ....	39
Capítulo 5. ....	49
Capítulo 6. ....	57
Capítulo 7. ....	63
Capítulo 8. ....	73
Capítulo 9. ....	83
Capítulo 10. ....	95
Capítulo 11. ....	105
Capítulo 12. ....	113
Capítulo 13. ....	119

Capítulo 14. ....	125
Capítulo 15. ....	139
Capítulo 16. ....	153
Capítulo 17. ....	163
Capítulo 18. ....	173
Capítulo 19. ....	183
Capítulo 20. ....	195
Capítulo 21. ....	209
Capítulo 22. ....	225
Capítulo 23. ....	237
Capítulo 24. ....	247
Capítulo 25. ....	255
Capítulo 26. ....	265
Capítulo 27. ....	273
Capítulo 28. ....	285
Capítulo 29. ....	295
Capítulo 30. ....	305
Capítulo 31. ....	313
Capítulo 32. ....	323
Epílogo .....	329
Agradecimientos .....	333

## Prólogo



—¡Hala qué chulooooooooo!

Una pequeña niña miraba con ojos risueños todo lo que había a su alrededor. Gente con sus maletas esperaba que la recepcionista le diera la llave de su habitación, otros paseaban con la toalla apoyada en el hombro camino de la piscina y muchas familias y parejas se dirigían a la cercana playa para disfrutar del sol, la arena y el mar. Con sus apenas seis años, Nerea era una niña despierta, vivaz, locuela y la debilidad de su padre.

Impaciente, la pequeña comenzó a tirar de la mano de su padre para ver qué había detrás de una gran puerta de cristal que permanecía abierta. Alejandro, sonriendo por la energía de su hija, la cogió en brazos y se dirigió con ella a donde quería ir. El gran comedor del Hotel Villa Magic apareció ante los ojos de la pequeña que abrió la boca impresionada por su inmensidad. Decenas de sillas y mesas perfectamente colocadas deslumbraron a la pequeña, quien saludaba con la mano y una sonrisa a todos los camareros que le prestaban atención.

—¿Te gusta el comedor, princesa?

—Síííí. Es mucho más grande que el de casa. ¿Podemos poner en casa uno como este? Yo quiero, papiiii.

—Pero, cariño, no cabe en casa.

Nerea bajó la cabeza triste, pero Alejandro para volver a hacerla sonreír, le levantó la barbilla con los dedos para que lo mirara y hacer que le mostrara su sonrisa de nuevo.

—Pero te prometo que cuando seas mayor te compraré un enorme y precioso castillo para que mi princesa pueda tener el comedor más grande del mundo.

—¿Con un príncipe azul? —dijo la pequeña ilusionada.

—Por supuesto —le sonrió su padre—. Y como en los cuentos, te despertará con un beso.

La niña volvió a sonreír y le dio un gran abrazo y un beso a su padre, feliz de estar con él. Sus padres se acababan de divorciar, pero la inocencia de Nerea hacía que pensara que su padre ya no vivía en casa porque su trabajo le requería dormir en el hotel.

—Veo que ha llegado tu princesita —les sobresaltó una voz.

—Sí, Pedro —contestó Alejandro y clavando la mirada en su hija dijo—: Nerea, este señor es Pedro y es el dueño de todo esto.

—¡Halaaaaaaa! ¿Todo esto es tuyo? Yo, cuando sea mayor, quiero vivir en una casa tan grande como esta.

Pedro y Alejandro rieron divertidos ante las ocurrencias de la pequeña. Hacía tres años que Alejandro había comenzado a trabajar en el Hotel Villa Magic como camarero hasta alcanzar el puesto de maître. Había estudiado Turismo y hablaba cuatro idiomas: español, inglés, francés e italiano. También controlaba de economía y estaba atento a todo lo que ocurría en el hotel.

Desde que nació la pequeña, tanto Alejandro como su mujer, notaron que su matrimonio no era lo mismo. Ambos acordaron una separación amistosa sin que afectara a la niña y estuvieron de acuerdo en que Nerea pasase ese verano mes y medio con su padre en el hotel donde trabajaba.

Pedro y él habían congeniado desde el principio hasta convertirse en muy buenos amigos. Ambos estaban divorciados y tenían un hijo al que veían de vez en cuando y siempre que podían. Pero, a diferencia de Alejandro, la exmujer de Pedro era una alcohólica que apenas se preocupaba por su hijo, por lo que éste estaba intentando que le quitaran la custodia del

niño a esa mujer a la que tanto había amado y que ahora se pasaba el día amargada y hundiendo sus penas en el alcohol.

Ese verano, Nerea lo pasó feliz en las piscinas que había en el hotel, degustando cada noche la fuente de chocolate que ponían en la cena y jugando con su padre sin parar mientras Pedro sonreía al ver a aquella pequeña.

Verano tras verano, Nerea volvía al hotel, hasta que a los quince años dejó de hacerlo. Su madre se puso gravemente enferma y se desvivía por cuidarla para que se recuperara. Tras siete años de lucha, Carolina no pudo más y se suicidó en el momento que Nerea entraba por la puerta para darle su medicación.



# 1



28 de mayo de 2014

Comenzaban a llegar al Hotel Villa Magic reservas para el verano que ya se acercaba. El hotel era cada vez más famoso por su imagen familiar, además de económico para que sus huéspedes pasaran unas relajantes vacaciones en él. Cientos de actividades para los niños atraían a las familias y otras instalaciones como el spa o el gimnasio, hacían que cientos de parejas se relajaran en ese pequeño paraíso.

Alejandro, en los más de veinte años que llevaba trabajando, se había ganado el puesto de director de hotel y Pedro estaba encantado con su trabajo.

Esa mañana, en su descanso diario, Alejandro había aprovechado para llamar a su hija y se quedó tremendamente preocupado cuando colgó.

Hacía apenas tres meses que su novio de toda la vida la había dejado por una mujer que podría ser su madre, pero con gran poder adquisitivo. Desde que Alejandro conoció al chico por el que su hija tenía una perenne sonrisa, vio en él algo raro, sobre todo cuando este le preguntó si se ganaba un buen sueldo con su puesto.

Ese desgraciado lo único que quería era vivir del cuento a través de Nerea, ya que ella le contó que el chico había

dejado de buscar trabajo cuando supo que cada mes Alejandro le pasaba una buena cantidad de dinero para subsistir. En ese momento, Nerea estaba tan enamorada de él, que no vio lo que en realidad sucedía. Y lo que más le dolió a ella no fue la ruptura, sino cómo la había engañado y utilizado.

Alejandro sabía que su hija llevaba meses muy baja de moral, a pesar de que sus amigas la hacían salir e incluso a veces conseguían animarla, pero nada. Seguía encerrada en sí misma y su padre ya no sabía que hacer.

—Buenos días, Alejandro —saludó Pedro entrando por la puerta—: ¿Mucho ajeteo esta mañana?

—No, la verdad. Aunque tenemos que mandar un fontanero a arreglar el baño de la 312 y mirar por qué no funciona el aire acondicionado de la 758 antes de que empiecen a llegar los huéspedes.

—Esta tarde me encargaré de llamar al técnico para que le eche un vistazo. —Se quedó pensativo mirando al suelo y una sonrisa iluminó su rostro—. La verdad es que cada año desde el 1 de junio hasta el 5 de septiembre rozamos e, incluso, conseguimos el cien por cien de la ocupación. ¿Quién me lo iba a decir cuando me arriesgué con este proyecto?

Alejandro suspiró y asintió, pero Pedro lo conocía desde hacía más de veinte años y cuando bajaba la mirada, suspiraba y entrelazaba los dedos era porque algo le preocupaba. Y sabiendo la situación por la que estaba pasando Nerea, pondría la mano en el fuego a que la pobre muchacha seguía igual.

—¿Has hablado con Nerea?

Alejandro asintió con la cabeza y se pasó la mano por el pelo.

—Sí, y sigue igual. No levanta cabeza. Con la muerte de su madre se volvió más frágil e insegura. ¡Y ahora ese gilipollas le ha hecho sentir peor con su engaño! —bramó enfadado.

—Como pille a ese tío le corto el pescuezo y las pelotas —dijo Pedro totalmente en serio.

Pedro adoraba a Nerea. Desde que ella era pequeña ambos se habían mostrado un gran cariño y para Nerea, Pedro era como un segundo padre que la había apoyado y ayudado en todo.

Alejandro se levantó de la silla y abrió con su llave la vitrina donde tenía las bebidas. Se echó una nueva taza de café y le pasó otra a Pedro. En ambas añadió un chorrito de whisky para darle más sabor. Volvió a sentarse frente al ordenador mientras Pedro seguía de pie apoyado en la pared.

—Hace diez años que Nerea no viene a pasar el verano aquí. ¿Qué te parece si la animamos a que venga estos tres meses y que desconecte un poco? Y si quiere que se traiga a sus amigas.

—¿Tres meses? ¿Gratis? Sabes que a mí no me importa, es a ella.

Pedro sonrió y se sentó en la silla que había frente a él dejando el vaso en la mesa.

—Por mi princesita lo que sea y aquí mando yo.

—Sabes que se negará. O te paga algo o no viene

—Tú déjame a mí —le dijo convencido.

Levantándose de la silla, rodeó el escritorio hasta tener mejor acceso al teléfono. Marcó el número de, como la llamaba Pedro, la princesa del hotel, y de buen humor estuvo contándole anécdotas recientes del hotel consiguiendo que Nerea se carcajeara y se olvidara un rato de todo lo que le atormentaba.

Pedro, tras preparar el terreno, propuso a Nerea su invitación a pasar el verano entero en el hotel con sus amigas, pero ella, al saber que ninguna pagaría absolutamente nada, se negó.

—Pedro, lo siento, pero yo no soy ninguna gorróna.

—Aquí mando yo, princesa, y si quiero que vengas, desconectes y lo pases bien, lo harás. ¿Cuánto tiempo vas a estar así?

Nerea suspiró y se retiró el teléfono de la oreja poniendo los ojos en blanco y negando con la cabeza. Pedro no la dejaría negarse.

—No, Pedro, no podemos ir cuatro personas por el morro. Déjame al menos pagarte un mes. Si me permites eso, voy —negoció.

—No, no, princesa. El trato es ese y si no vienes, te traigo yo —la amenazó.

Nerea se rindió. No estaba de humor para discutir.

—Está bien, pero no me pienso quedar todo el verano. Un mes como mucho.

—Eso ya lo veremos, princesa.

Pedro la conocía de sobra para saber que no se iría hasta que tuviera que hacerlo por obligación. Cuando era pequeña nunca quería abandonar el hotel y lo hacía no sin lloros y pucheros, y con caras tristes una vez fue creciendo. Y aunque desde los quince años no iba al hotel a pasar el verano, Pedro sabía que a sus veinticinco le iba a seguir fascinando estar en el Hotel Villa Magic y más en compañía de sus amigos.

—Eso ya lo veremos. Además tengo que buscar trabajo y no puedo pasarme el verano de fiesta en fiesta sabiendo que sigo en el paro y que desperdicio el dinero en cubatas.

—Nerea, ¿estás a gusto en Oviedo? —preguntó Pedro sabiendo que la respuesta era «no».

—La verdad es que no mucho. Me mudé de Logroño porque todas las calles me recordaban a mi madre y no puedo estar en Oviedo porque me recuerda todo a él.

—Me lo imaginaba —dijo Pedro tomando un sorbo de café—. Por eso, ¿qué te parece si te ayudo a encontrar trabajo y piso aquí?

—¿En Gandía?

A Alejandro, que estaba pendiente de la conversación, pensar en la posibilidad de que su hija se trasladase a Gandía a vivir, le formó un nudo en el estómago. No deseaba nada más.

—Piénsalo, princesa. Sé que echas de menos a tu padre, y si vivieras aquí os podríais ver siempre que quisierais. Volveríais a estar juntos.

A Nerea se le escapó una lágrima al pensar en su padre. Le veía muy pocas veces al año y le echaba mucho de menos. Volver a estar a su lado, era lo que más feliz le hacía y no perdía nada por buscar un trabajo allí. Se conocía la ciudad al dedillo.

—Princesa, puedes quedarte en el hotel hasta que encontremos algo —continuó Pedro al notar su silencio.

—Te prometo pensármelo, ¿vale? La verdad es que os echo mucho de menos a los dos.

—Entonces, ¿te veo el 1 de junio? —preguntó esperanzado.

—No, iremos como muy pronto el 3. Y prepárate para la llegada de cuatro locas al Hotel Villa Magic.

Pedro se despidió de Nerea con una sonrisa y le mostró otra a Alejandro para que supiera que de nuevo su niña volvía a pasar el verano en el hotel con ellos.

Ambos amigos se abrazaron ante la fantástica noticia y brindaron con sus cafés. Sabían que, aunque al principio Nerea estuviera aún decaída, poco a poco se iría animando y volvería a convertirse en la chica risueña y alegre que ambos conocían. Pedro volvió a coger el teléfono y llamó a recepción pidiendo que preparasen las dos mejores habitaciones dobles del hotel situadas en el segundo piso. Todo tenía que estar perfecto para la princesa del hotel.

Alejandro, en los quince minutos que tenía libres, comenzó a buscar pisos para su hija y ofertas de trabajo en los mejores centros educativos. Su niña se merecía lo mejor y estaba seguro de que conseguiría un buen puesto de psicopedagoga en alguno de los colegios de la zona.

Tras la llamada del que era para ella su segundo padre, Nerea llamó a Ada, Elena y Laila para verlas en el bar que había debajo de su casa y contarles su escapada de, en un principio, un mes al hotel donde trabajaba su padre.

—Habrás aceptado, ¿no? —dijo Laila señalándola con un dedo—: Mira que si no... ¡Te ganas una colleja! Todo el día sufriendo por el hijo puta de Íñigo, pues no me da la gana, ¡coño!

Nerea sonrió y negó con la cabeza. Laila y sus collejas. El camarero llegó con las bebidas de las chicas y cuando las dejó delante de cada una, Ada, sin ningún disimulo, le desnudó con la mirada por encima del hombro mientras el chico se alejaba.

—Antes de irnos de viaje, me llevo su número y una noche loca —dijo Ada volviendo a colocarse bien.

—A lo que íbamos —continuó Elena—: Así que vamos a pasar el mes de junio en Gandía.

—Por supuesto —contestó Ada por Nerea—. Un buen lugar para disfrutar, desconectar, divertirnos y follar.

Todas rieron y comenzaron a hacer planes de lo que harían y bromearon sobre los tíos con los que ligarían. Comenzaron

a buscar por el móvil discotecas cerca del hotel y chiringuitos cercanos de donde se iban a ir con un polvo asegurado.

\*

Nerea conoció a Ada hace cuatro años, cuando se mudó a Oviedo. Ella fue la agente inmobiliaria que le encontró el piso y poco a poco se fue forjando entre ellas una gran amistad. A Laila y a Elena las conocieron poco después, una noche que salían de una discoteca y las vieron intentando quitarse a unos pesados de encima que querían llevárselas a la cama. Nerea y Ada fueron a rescatarlas y desde entonces las cuatro amigas eran inseparables.

Laila es la más mayor. Tiene veintiocho años, es morena y bajita, pero con mucho carácter. Como ella dice, pequeña pero matona. Elena tiene un año menos que Laila, el cabello color chocolate y unos impresionantes ojos verdes. Ada es de la misma edad que Nerea y la que más disfruta de la vida. Los hombres caen a sus pies al contemplar sus perfectos rizos rojizos. Aprovecha todas las oportunidades que se le ponen por delante antes de encontrar al definitivo o bien hasta que, como ella dice, «se le caigan las tetas». Nerea es la más sensata de todas, pero tiene carácter y su punto divertido, aunque ahora están escondidos. Las personas que la conocen se quedan maravilladas por sus ojos grandes y marrones que le proporcionan una intensa mirada y un color de pelo de un tono indescifrable, cercano al rubio oscuro.

—En realidad, Pedro me ha ofrecido que nos quedáramos los tres meses. De junio a agosto —se sinceró Nerea rascándose detrás de la oreja.

—Y tú le has dicho que sólo junio, ¿me equivoco? —Nerea asintió—. Al final te ganas la colleja. Ya estás llamando a Pedro y decirle que vamos los tres meses —protestó Laila—. Ahora estamos todas sin curro por esta mierda de crisis. A Elena se le acabó ayer el contrato temporal en el hospital, a Ada la echaron el mes pasado porque su jefe enchufó a la idiota de su hija y le sobraba un empleado, yo llevo tres meses sin trabajar y subsisto gracias a que me concedieron las ayudas durante medio

año y tú has ido de colegio en colegio, mirando en academias especializadas buscando un puesto y nada. Incluso has pensado en abrir tú algo, pero claro, se necesita pasta para ello.

Elena y Ada suspiraron y asintieron dándose cuenta de lo mal que sonaban sus vidas. Se volvían locas buscando trabajo y lo máximo que conseguían eran puestos temporales, pero algo era algo y cualquier tipo de ingreso venía bien.

—Al final nos veo a todas, a este paso, currando de putas —bromeó Elena sacando el móvil que no le paraba de sonar.

—¿Quién te mensajea tanto? —le preguntó extrañada Ada.

—Un pesado con el que me acosté el fin de semana pasado —contestó Elena silenciando el móvil—. Se ve que no entiende lo que significa rollo de una noche.

—Que nos desviamos del tema —dijo Laila—. Lo que quiero decir es que pasamos el año preocupadas y volviéndonos locas por un trabajo y desde hace años no nos tomamos unas largas y merecidas vacaciones. Así que Nerea, no me jodas y acepta esos tres meses, que nos merecemos desconectar y disfrutar.

Nerea se dio por vencida, Laila tenía razón. Tres meses de desconexión total les vendría bien a todas y ella tendría más tiempo de buscar piso allí. Aunque si lo pensaba, quedarse a vivir en Gandía significaría estar más cerca de su padre, pero alejarse de sus amigas. Decidió no pensar en eso aún. El tiempo diría qué decisión tomar.

—Está bien, iremos los tres meses, pero por favor, cuidado con lo que hacéis dentro del hotel. Es un hotel bastante familiar y hay muchos niños, es más la zona de la piscina está pensada para ellos.

—Vaya, ¿entonces no podemos hacer *topless* en la piscina? —bromeó Ada—. Está bien, discreción. Y oye, ¿habitaciones individuales o compartidas? A mí me da igual, pero digo yo que cuando queramos echar un polvo la otra tiene dos opciones: o se une, o se larga.

—Creo que las habitaciones serán de dos personas y tranquila, que cuando eso me voy a dar una vuelta y ya me llamas cuando el tío se haya ido.

—Pues en menos de una semana, ¡nos vamos de vacaciones! —gritó emocionada Elena.

Las cuatro amigas brindaron por lo que estaba por llegar, pero Ada volvió la vista hacia el sexy camarero y se le resbaló su vaso cayendo a la mesa. Se rompió en mil pedazos provocando un gran estruendo e hizo que todas saltaran de sus sillas para evitar que el líquido las manchara.

—Joder, Ada, mira que eres torpe —se quejó Laila.

—Ha sido sin querer —se defendió poniendo cara angelical.

Rápidamente el camarero, tras dejar sus consumiciones a otros clientes, fue a la mesa de ellas con la bandeja vacía y un trapo húmedo para recoger el estropicio.

—Lo siento mucho —se disculpó Ada.

—No pasa nada señorita, estas cosas pasan.

Ada, se quedó hipnotizada por la deslumbrante sonrisa que le mostraba su próxima conquista. Abrió su bolso y sacó un boli para apuntar su número y su nombre en una servilleta.

—Me gustaría compensarte por el estropicio que he montado —dijo tendiéndole la servilleta doblada—. Llámame y lo haré.

El camarero con otra sonrisa aceptó la servilleta con el número de esa preciosa pelirroja a la que, por supuesto, iba a llamar.

—¿Tienes algo que hacer el viernes por la tarde?

—No. Ni el viernes, ni el sábado, ni el domingo —contestó Ada con una sonrisa coqueta.

—Entonces te llamo y quedamos. Y toma —dijo sacando una tarjeta—, aquí tienes el mío.

El camarero, tras limpiar la mesa, se despidió de Ada con un guiño y ella sonrió. Nerea, Laila y Elena habían observado en silencio la escena y al ver la cara de su amiga, supieron que el vaso lo había dejado caer adrede.

—A ti no se te ha resbalado el vaso, ¿verdad? —dijo Elena cruzándose de brazos.

Ada soltó una pequeña carcajada y negó con la cabeza.

—Otra que tiene una colleja. Anda que...

—Os dije que iba a conseguir su número y este fin de semana llegará la noche loca. Y ahora, vámonos que tenemos que empezar a hacer las maletas.



## 2



Nerea repasaba por décima vez sus maletas. No quería olvidarse nada y aunque en el hotel había servicio de lavandería, prefería llevar ropa de más, por si acaso. Mejor que sobrase que no que faltase. En esos cinco días, había pensado mucho en la posibilidad de mudarse junto a su padre y buscar trabajo allí, pero no quería dejar de ver a sus amigas.

Por otro lado, Oviedo le traía malos recuerdos. Lugares donde Íñigo le susurraba que la quería simplemente para poder beneficiarse del sueldo de su padre y vivir del cuento. ¡Si ni siquiera trabajaba ni se molestaba en buscar trabajo! Pero si tenía que mudarse por él, significaría que era una cobarde. Tenía tres meses por delante para ver qué hacer. Si quedarse o regresar.

Ese último día que pasaría en Oviedo antes de su marcha, decidió poner a punto la casa e irse pronto a la cama. Saldrían a las cuatro de la mañana e irían en dos coches. El equipaje de las cuatro no cabía en uno solo.

Estaba nerviosa. Hacía diez años que no pisaba el hotel y le apetecía volver y recordar anécdotas de cuando era pequeña o simplemente volver a disfrutar de la piscina.

A las ocho ya estaba metida en la cama, pero obviamente, no conseguía dormirse, así que cogió el móvil y marcó el número de su padre.

—Hola, cariño —dijo Alejandro tras descolgar.

—Hola, papá. ¿Cómo estás?

—Muy bien y más sabiendo que mañana nos vemos. Me alegro de que vayamos a pasar un mes entero los dos juntos. Te añoro mucho, princesa.

Ese apelativo cariñoso era muy especial para ella. Siempre la habían llamado así y le gustaba, sobre todo cuando de pequeña su padre le decía que ella era la princesa y el hotel su castillo y que pronto encontraría a un príncipe azul que cada día la despertaría con un beso de amor.

—En realidad papá, no vamos a vernos un mes.

—¿No? ¿Por qué, cariño? ¿Ha pasado algo? —dijo Alejandro asustado pensando que su princesa había decidido finalmente no ir.

—No, no ha pasado nada. No vamos a vernos un mes porque al final nos quedamos los tres meses.

—¡Eso es fantástico! —dijo ilusionado Alejandro—. A Pedro le va a encantar la noticia. Además así tenemos más tiempo para buscarte algo.

—Papá, en cuanto a eso, te lo agradezco, pero no sé si me quedaré a vivir allí. Mis amigas viven en Oviedo y no me gustaría separarme de ellas.

Alejandro mostró una sonrisa comprensiva. No quería dar a su hija a elegir entre él o sus amigas. Decidiera lo que decidiera, él la seguiría queriendo y que pasase todo el verano de nuevo en el hotel, le hacía muy feliz.

—Piénsatelo, ¿vale princesa? Sabes que hagas lo que hagas siempre te apoyaré, te querré y estaré a tu lado.

—Lo sé, papá.

—Tengo que colgarte, cariño. Es la hora de que los empleados cenemos.

—Dale recuerdos a Pedro de mi parte. Te quiero.

—Y yo a ti, princesa.

Alejandro colgó y salió del despacho hacia el comedor del hotel. Cuando llegó la mayoría estaban ya sentados y cenando. Cogió una bandeja y se puso al lado de Pedro para hacerse una ensalada.

—Acabo de hablar con Nerea. Al final se queda los tres meses que le propusiste al principio.

—¿De verdad? —dijo Pedro levantando la cabeza de la comida—. Eso es maravilloso. Me alegro mucho y le vendrá bien. ¿Has encontrado algo para ella?

—Sobre eso, le seguiré buscando, pero me ha dicho que no sabe si se quedará aquí. Piensa que sus amigas viven en Oviedo y aquí no conoce a casi nadie.

—Es verdad. Bueno, dejemos que decida el tiempo.

Al acabar la cena, Pedro reunió a sus empleados para hablarles de las huéspedes que llegaban al día siguiente. Ocuparían las habitaciones 201 y 202 durante tres meses y entre todos les harían estar lo más a gusto posible. Los empleados asintieron y abandonaron la sala para seguir con sus respectivos trabajos

A las cuatro de la mañana Ada, Elena y Laila se reunieron en el portal de la casa de Nerea para salir todas juntas hacia Gandía. Les quedaba un largo viaje por delante y harían varias paradas para cambiar de conductora y que así las otras pudieran descansar. Los maleteros de ambos coches estaban llenos de maletas e incluso les costó cerrarlos.

—Esto de llevar ropa de por si acaso nos sale caro. Total luego no nos pondremos ni la mitad de la ropa que llevamos —dijo Laila cuando consiguió cerrar el maletero de su Citroën C3 azul cielo.

—Ya, pero seguiremos haciéndolo.

El móvil de Ada comenzó a sonar y todas la miraron sorprendidas.

—¿Quién te llama a estas horas? —dijo Nerea montándose en el asiento del piloto de su Seat Ibiza.

—Eduardo —contestó colgando el teléfono.

—¿Quién es Eduardo? —preguntó curiosa Elena.

—El camarero del otro día. Quiere volver a quedar conmigo pero yo no. Que polvo más nefasto.

Todas arquearon las cejas en busca de detalles.

—Lo único que hizo fue metérmela. Sin preliminares, ni hostias. No hubo tocamientos ni nada porque decía que sólo quería sentir y poner los cinco sentidos en su polla. Ni siquiera estábamos cuerpo contra cuerpo, estaba lo más alejado posible sujetándose con los brazos al colchón.

—Si lo que no te pase a ti...

—Ya, no le pasa a nadie. En fin, a ver si por allá hay tíos con más ganas de follar.

Emprendieron enseguida el viaje. Tenían ocho horas por delante de carretera donde las que iban de copiloto cambiaban los CD, entablaban una conversación o echaban una pequeña cabezada. Durante el camino pararon varias veces en áreas de descanso para tomar un buen café y cambiar de piloto. A las diez de la mañana, pararon en Honrubia, donde desayunaron en condiciones antes de proseguir el viaje.

—Estoy muerta —dijo Ada bebiéndose su quinto café del día—. No sé vosotras, pero yo en cuanto llegue me meto a la cama de cabeza

Todas asintieron, estaban agotadas.

—Odio los viajes tan largos, aunque luego merezcan la pena —se quejó Elena—. No sé cómo aguantabas de pequeña.

—Porque vivía en Logroño y el viaje son tres horas menos. Sólo hacíamos una parada y se aguantaba mejor. Además iba tan ilusionada que me daba igual las horas que estuviera metida en el coche —dijo Nerea con una sonrisa al recordar esos años.

—Nosotras vamos ilusionadas y míranos —dijo Laila señalándose de arriba abajo con las manos.

—No me compares la ilusión de una niña con la de una enana de veintiocho.

—¿Me has llamado enana? Te voy a dar una colleja como vuelvas a llamarme así. Mediré metro y medio pero alargo la mano y te llego a la nuca aunque seas veinte centímetros más alta que yo. Y encima te doy fuerte.

—Pequeña, pero matona —rio Elena.

Tras recuperar fuerzas, salieron del bar y volvieron a sus vehículos. Nerea y Laila serían las responsables de que llegaran sanas y salvas al hotel. Les quedaba poco más de dos horas por delante y las cuatro necesitaban una cama urgente. Esas dos horas Ada y Nerea pusieron el disco de su artista favorito mientras mantenían una charla sobre los años que Nerea pasó en el hotel. Ada miró por el espejo retrovisor para ver si el coche de Laila las seguía de cerca y soltó una carcajada al

verlas bailar muy motivadas dentro del pequeño coche lo que parecía ser la coreografía de *Saturday night*.

—¿De qué te ríes? —preguntó extrañada Nerea con la mirada en la carretera.

—Esas dos —dijo señalando atrás— Ya han empezado la fiesta.

Nerea miró por el espejo y soltó otra carcajada al verlas moverse tan rítmicamente, pero subiendo el volumen de la radio junto a Ada, decidió imitarlas.

Por fin, a las doce y media del mediodía, llegaron a su destino. Pararon frente a la puerta para poder descargar mejor las maletas. Luego ya irían a aparcar.

—Menos mal que ya hemos llegado. Tengo el culo tan sudado que el propio sudor serviría de lubricante para el sexo anal —dijo Ada saliendo del coche.

—Ada, ¿acabamos de llegar y ya piensas en follar? —rio Elena.

—Pues sí —dijo bajándose un poco las gafas de sol para observar mejor a dos chicos que se paseaban sólo con el bañador puesto—. ¡Cómo lo vamos a pasar!

Comenzaron a descargar las maletas, quedando a sus pies un total de ocho. Cada una llevaba dos maletas hasta arriba de ropa que amenazaban con explotar de un momento a otro.

—Quedaos vosotras dos aquí mientras nosotras aparcamos y... —Se detuvo Nerea al oír la voz de un hombre.

—Buenos días señoritas —dijo un chico de no más de veinte años acercándose a ellas junto a otro de su misma edad—. ¿Alguna de vosotras es Nerea Delgado?

—Sí, yo —dijo Nerea sorprendida.

—Tenemos órdenes de aparcar sus coches. Si me permiten las llaves...

Nerea reconoció el uniforme y las placas de los empleados del hotel, así que ella y Laila les dieron las llaves para que los chicos pudieran hacer su trabajo.

—¡Qué guay! Hasta con aparcacoches —exclamó Ada.

—No sabía que tuvieran este servicio —dijo Nerea tirando de sus maletas por la rampa—. Lo habrán puesto estos años que no he venido en verano.

Tras subir la empinada cuesta y con más cansancio por el peso de las maletas, llegaron a la enorme puerta. Nerea comenzó a mirar todo el exterior del hotel hasta dar con una pareja que se besaba apasionadamente, apoyados en una de las columnas del exterior al lado de la puerta. El chico vestía unos pantalones hasta las rodillas azules y una camiseta blanca que cortaba la respiración a cualquiera. Nerea frunció el ceño al averiguar que se trataba de uno de los empleados del hotel y la chica no era más que una huésped. ¿Acaso los empleados no tenían prohibido liarse con clientes del hotel? Cuando el joven dejó de besar a la turista, desvió la mirada hacia Nerea y sonrió de medio lado. Avergonzada, volvió a coger las asas de sus maletas y caminó, más bien corrió, al interior del hotel donde sus amigas saboreaban un delicioso refresco casero con un color anaranjado.

—¡Bienvenida al Hotel Villa Magic! —dijo un hombre de unos cuarenta y siete años tendiéndole un vaso con la bebida anaranjada—: Toma, preciosa, que con este calor se agradece algo fresquito.

Nerea sonrió y aceptó la bebida que acabó enseguida. ¡Estaba buenísima! No era ni zumo de naranja ni Kas. Pero tenía un sabor dulce y refrescante, así que todas fueron a la fuente donde se encontraba la deliciosa bebida y se sirvieron otro vaso.

—¡¡Princesa!! —gritó alguien a sus espaldas.

Pedro corrió hacia ella y la abrazó con fuerza. Le dio varios besos en la mejilla y cuando se separó, la examinó de arriba abajo sin soltarle de las manos.

—Estás preciosa, princesa. Te tratan bien los años, no como a mí.

—No seas bobo, Pedro. Estás fantástico.

—¿No vas a presentarme a tus amigas?

—Claro. —Nerea se volvió hacia ellas e hizo las presentaciones—: Elena, Ada, Laila, este es Pedro, mi ángel de la guarda, Pedro, estas son las locas de mis amigas.

—Encantado jovencitas. Tenía ganas de conoceros.

Se dieron dos besos y sonrieron encantadas por la simpatía de aquel hombre.

—Queríamos agradecerle que nos deje quedarnos aquí, la verdad es que es una pasada —dijo Laila sin poder dejar de sonreír.

—No me cuesta nada y tuteadme. Estoy rodeado de juventud y me siento uno de ellos —rio Pedro—. Espero que disfrutéis de todo lo que os rodea.

—¿Dónde está mi padre?

Unas manos taparon los ojos de Nerea y escuchó en su oído.

—¿Me buscabas, princesa?

Nerea rápidamente se dio la vuelta y se lanzó a los brazos de su padre. Llevaban demasiado tiempo sin verse y aquel abrazo acompañado de lágrimas les supo a gloria.

—No llores, cariño —dijo Alejandro secándole las lágrimas con los pulgares—. Tengo que seguir trabajando, pero esta noche me gustaría cenar con vosotras, si no os importa —dijo mirando a las amigas de su hija.

—Para nada, señor Delgado —contestó Elena.

—Llamadme Alejandro, que señor Delgado suena a viejo y estirado.

Todos rieron y tras despedirse de las chicas, Pedro y Alejandro se marcharon para continuar con su trabajo.

Nerea dio los datos en recepción y la recepcionista les entregó las llaves de las habitaciones antes de desearles una buena estancia, pero antes de subir, Nerea, les pidió que les llevaran algo de comer, ya que necesitaban descansar cuanto antes.

Subieron al segundo piso y cuando el ascensor se abrió ante ellas se mostró un gran hall. Comenzaron a buscar la habitación y entraron en una puerta a la derecha del ascensor donde se encontraban dos habitaciones contiguas. Eran sus habitaciones, alejadas del largo pasillo donde se encontraban el resto. Así no molestarían a nadie ni nadie las molestaría. Abrieron con sus tarjetas y tras dejar las maletas en un lado, se tiraron a las camas. Ada y Nerea compartirían habitación al igual que lo harían Elena y Laila. Consiguieron volver a levantarse de la cama y corrieron las cortinas para contemplar las maravillosas vistas al mar desde la gran terraza. Era la

habitación perfecta, con un baño, dos camas, terraza, televisión y nevera. No necesitaban nada más.

A la una les subieron la comida y tras comer todas juntas en la terraza de la habitación de Laila y Elena, Nerea y Ada regresaron a la suya. Todas necesitaban dormir una larga siesta.



### 3



Cuatro horas después de quedarse dormida, Nerea se despertó de su larga siesta. Tanto ella como Ada habían corrido las cortinas para que no entrase luz y se habían olvidado de encender el aire acondicionado, por lo que estaba completamente sudada. Con cuidado de no despertar a su compañera, se levantó y cerró la puerta del baño. Necesitaba una ducha urgente.

Se recogió el pelo en un moño mal hecho y dejó que el agua se deslizara por su cuerpo. Con una toalla anudada a su pecho abrió la maleta y sacó un sencillo vestido blanco. Se calzó unas sandalias planas plateadas y con cuidado salió de la habitación, pero antes de bajar apoyó la oreja en la habitación de Elena y Laila para comprobar si seguían durmiendo. La competición de ronquidos, en la que participaban las dos, le confirmó su sospecha así que decidió ir a dar una vuelta por el hotel.

El defecto que siempre veía Nerea en el hotel es que sólo había dos ascensores y era un milagro que consiguieras usar al menos uno de ellos. Suerte que estaba en la segunda planta y podía bajar y subir por las escaleras cubiertas de una alfombra azulada sin cansarse.

Al llegar al hall se quedó mirando el suelo que tanto le gustaba de pequeña, donde siempre iba pisando los cuadros

blancos porque creía que el negro la iba a engullir si lo pisaba. Su padre siempre reía al verla saltar de cuadro blanco en cuadro blanco. Nerea sonrió ante ese recuerdo y siguió caminando hasta llegar al bar-salón del hotel. Sus paredes eran de un tono azul eléctrico combinado con el blanco y las mesas y las sillas le daban un toque más veraniego y alegre. A la izquierda había una pequeña escalera formada por dos escalones que unía el bar al salón. Allí, los animadores infantiles entretenían a los niños y, gracias al enorme espacio, por las noches hacían todo tipo de juegos

Tras beberse una *coca-cola*, Nerea se dirigió al comedor. La puerta estaba cerrada, pero la abrió un poco para volver a contemplar la gran sala que la había fascinado de pequeña. Fue lo primero que vio y siempre sería especial para ella.

—No sé si se ha dado cuenta de que el comedor está cerrado —dijo una voz masculina a su espalda.

Nerea se sobresaltó y se dio la vuelta para encontrarse con el chico que había visto morrearse con una guiri en la entrada. Era alto y con el pelo oscuro. Sus ojos eran los más azules que Nerea había visto nunca y tenía un buen porte. Era delgado con un cuerpo fibroso y una espalda ancha que invitaba a ser acariciada.

—Sé que está cerrado, no soy idiota. Sólo lo estaba viendo.

El joven comenzó a acercarse a Nerea con los brazos cruzados y una mirada vacilante hasta colocarse frente a ella.

—Te contestaría que si puedes ser un tanto idiota porque eres rubia, pero no es exactamente ese color —dijo cogiéndole un mechón—. ¿Castaña clara? Tampoco. ¿Se puede saber de qué color tienes el pelo?!

—¡Qué más te da! —dijo irritada quitándole el mechón de sus dedos de un manotazo.

—¿Y qué hacías espiondo en el comedor como una niña pequeña?

El chico colocó una mano al lado de la cabeza de Nerea y agachó un poco su cara para encontrarse con sus grandes ojos marrones.

—¿Y a ti qué te importa? —dijo Nerea intentando irse, pero él la cogió del codo.

—Sí me importa, porque trabajo aquí y no quiero que nada ni nadie perjudique al hotel —dijo serio.

Cansada, suspiró y le miró para contestarle.

—Cuando era pequeña venía todos los veranos, ¿contento? Y tras mucho tiempo he vuelto a venir tras la insistencia del propietario del hotel.

—Ah, sí —expresó el joven con burla—. Tú eres la que, junto con tus amigas, pensáis en mudaros al hotel. He visto todo el equipaje que llevabais. ¿A dónde vais con dos maletones cada una?!

—Nos vamos a quedar aquí tres meses, así que espero que me dejes disfrutarlos y te limites a hacer tu trabajo.

De un tirón, Nerea se soltó de su agarre y continuó su camino. Quería alejarse de ese idiota cuanto antes, pero un comentario del chico hizo que se detuviese.

—Así que tú eres la famosa princesita del hotel, la hija del director. Permíteme que me presente —le tendió la mano, pero al ver que ella seguía con los brazos cruzados, él se la cogió y se la estrechó—: Soy Hugo, uno de los animadores infantiles. Espero ver a la princesita esta noche en mi espectáculo, sentadita como un indio junto a los demás niños de su edad dando palmitas —dijo con burla comenzando a dar palmadas infantiles—: Ya que eres la niña mimada, además de una gorrana, te comportarás también como tal, ¿no?

Nerea le miró enfadada. ¿Quién se había creído para hablarla así? La estaba tratando como una idiota y no consentiría que otro gilipollas la pisoteara como hizo su ex, por lo que dando un paso hacia él, le dijo:

—Dime: ¿Una niña mimada o una princesita haría esto?

Sin ningún tipo de vergüenza ni pudor, Nerea rodeó con su mano la bragueta del animador y le clavó las uñas apretando todo lo que pudo.

—Limítate a hacer tu trabajo y déjame disfrutar de los tres meses que estaré aquí y te aseguro que como me vuelvas a tratar como si fuera una idiota, esto no quedará en un simple apretón.

Tras esto, Nerea se dio la vuelta y continuó su camino hacia la piscina dejando a Hugo agachado con las manos apoyadas en las rodillas, la respiración irregular y cerrando los ojos con

fuerza como si de esa forma el dolor remitiera más rápido. Levantó la vista y miró furioso la puerta por donde la princesa Cascanueces había desaparecido. Eso no quedaría así, pensaba dejarle cuatro cositas bien claritas a esa consentida.

Con una sonrisa de satisfacción tras la batalla con el animador infantil, Nerea caminó por un pasillo en el exterior que conducía a la piscina y a un pequeño porche donde podías tomar lo que te apeteciera o merendar algo de lo que te ofrecía el pequeño bufé libre.

Seguía igual. Una piscina de mayor profundidad, otra de profundidad media, un jacuzzi y otra piscina para los más pequeños donde había un parque en su interior con un cubo de agua que, al llenarse, volcaba y mojaba a todo el que se encontraba a su alrededor.

Hugo apareció en la zona de la piscina como alma que lleva el diablo para hablar con aquella perturbada, pero se detuvo al ver aparecer a Alejandro. Pudo ver cómo hablaban y él la besaba en la frente con el amor de un padre.

—¿Qué haces aquí? —dijo Pedro a su espalda—. Ahora le toca a Samuel lidiar con las actividades de los niños.

—Lo sé, sólo... iba a por algo de comer. Sabes que me gusta más coger algo en el bufé que ofrece la piscina.

—¿Y qué hacías aquí parado? —le preguntó curioso.

—Estaba observando cómo Alejandro abraza a esa chica. ¿Es ella?

Pedro clavó la vista donde la tenía Hugo. Alejandro abrazaba a su hija y caminaban juntos para sentarse en una mesa.

—Sí. Es Nerea.

—La famosa princesa del hotel —dijo con retintín.

—¿Y ese tono?

—Que de princesa no tiene nada —dijo en un susurro enfadado por lo sucedido—. Menudo carácter, un poco más y me convierte en un *castrato*.

Pedro comenzó a reír mientras Hugo le contaba lo sucedido hace unos minutos con ella en el *hall* cerca de comedor.

—Cuida tus palabras con ella, Hugo. La conozco y es la persona más buena, cariñosa y dulce que he conocido nunca, pero cuando algo no le agrada, arde Troya.

—Tranquilo, no pienso volver a acercarme a ella.

Pedro le dio una palmada en el hombro y se encaminó a donde estaban Alejandro y su hija charlando. Cuando Nerea lo vio, se puso de pie y lo abrazó. Hugo contempló la escena, pero cuando sus ojos chocaron con los de ella y vio cómo le fulminaba con la mirada, se dio media vuelta y se fue. Cuanto más lejos estuvieran el uno del otro, mejor.

Nerea disfrutaba de una agradable merienda y de la charla con las personas que más quería en el mundo, pero su cabeza estaba en otra parte, en el guapísimo animador infantil. «Espera, ¿guapísimo? ¿Había pensado eso?», sacudió la cabeza como si así la idea lograra desaparecer de su mente, pero no podía negarlo: el chico estaba de muy buen ver, aunque fuera un gilipollas.

A las seis de la tarde recibió un mensaje de Ada preguntándole dónde estaba, por lo que se disculpó con su padre y Pedro y subió a la habitación.

—¿Dónde estabas? —dijo Ada consiguiendo abrocharse la parte de arriba del bikini cuando Nerea entró en la habitación.

—Merendando en la piscina con mi padre y Pedro.

—¿Llevas el bañador puesto? —Nerea negó con la cabeza—. Pues pónitelo que vamos a darnos un chapuzón y a tomar un rato el sol en la piscina.

—Por la tarde no le da el sol, sólo por la mañana —aclaró Nerea sacándose el vestido por la cabeza para cambiarse.

—Pues a darnos un chapuzón.

Se puso un bikini de rayas blancas y azul marino y volvió a colocarse el vestido blanco por encima. Cogieron sus respectivas bolsas de la piscina y salieron de la habitación al pasillo donde Elena y Laila ya las esperaban con las toallas apoyadas en los hombros.

—¿Quién ha ganado? —preguntó Nerea con una sonrisa maliciosa.

—¿Qué? —preguntó extrañada Elena.

—Vuestro concurso de ronquidos, ¿quién ha derribado la pared antes?

—¡Yo no ronco! —contestaron Laila y Elena a la vez.

—Por dios si hasta yo os he oído —aseguró Ada.

—Roncar no ronco, pero dar collejas, ¡lo hago como nadie!  
—advirtió Laila levantando la mano.

Como era de esperar, el ascensor estaba ocupado y cuando paraba en su planta, estaba lleno de gente, así que al final bajaron por las escaleras. Atravesaron la recepción hasta llegar a la puerta que daba a la piscina pero dos personas dificultaban su paso por ella. Cuando uno de ellos las vio, se apartó e hizo una seña a su compañero para que hiciera lo mismo. El joven se giró y al ver de quien se trataba, se colocó en medio de la puerta impidiéndolas el paso.

—Vaya, la princesa Cascanueces. ¿A darte un baño?

—Apártate y déjanos pasar —contestó Nerea con el desafío en su mirada.

—O si no, ¿qué? ¿Vas a volver a tocarme los cascabeles?  
—contestó Hugo vacilante.

—Es posible, ya comprobaste antes que no tengo ningún reparo.

Laila, Elena y Ada se miraron unas a otras sorprendidas. ¿Qué había pasado entre esos dos? Nerea intentó pasar por la puerta pero Hugo se lo impidió.

—Y dime, ¿vais a hacer *topless*? Lo digo porque hay niños y no quiero que los traumaticéis. Sobre todo tú —dijo señalando a Nerea—. No puedes permitir que esos pobres niños vean las tuyas al aire. Son demasiado pequeñas y les harías perder la ilusión pensando que todas son así de enanas. Les marcarías de por vida.

Nerea achinó los ojos. «¿De qué iba? Además su pecho era de un tamaño normal. ¡Tenía una 90B!»». El compañero de Hugo y las amigas de ella, contemplaban sin decir palabra la escena. Nerea, se acercó a él y de nuevo le agarró su zona más sensible apretando más fuerte que antes y clavándole las uñas con tanta fuerza que temió que se le rompieran hasta que Hugo cayó al suelo por el dolor.

—A este paso, te dejo estéril si no lo estás ya. Por tu bien, déjanos en paz a mis amigas y a mí o te aseguro que tendrás problemas.

—¿Qué? ¿Te chivarás a tu papá el director? —le dijo burlándose.

—No, ya que como has podido comprobar dos veces en menos de dos horas, puedo arreglármelas muy bien yo solita.

Nerea pasó por encima de Hugo que seguía retorciéndose en el suelo y sus amigas la siguieron aún alucinadas por lo que acababan de contemplar. ¿Cuándo había vuelto la Nerea que ellas conocían? Por lo que vieron, ella sólo necesitaba algo que la hiciera reaccionar y eso les alegró.

Tras darse un buen chapuzón, se tumbaron en unas hamacas donde Nerea les relató lo sucedido y las cuatro rieron a carcajadas.

—Eso habría sido digno de ver.

—Bueno, ya os he hecho una pequeña repetición en la entrada de la piscina.

—Hay que reconocer —dijo Ada sentándose en la hamaca— que el tío esta buenísimo, pero es tan gilipollas que queda descartado de mis folleteos de verano. Además tras el encontronazo contigo, creo que no se le vuelve a levantar.

Todas rieron y dos horas después subieron a sus respectivas habitaciones. En breve cenarían con Alejandro. Él y Nerea tenían que ponerse al día con muchas cosas y su padre estaba deseando conocer a las amigas de su hija. La cena transcurrió divertida y amena y todos disfrutaron de la compañía y del buen ambiente. Cansadas tras el largo día, todas se acostaron. Quedaban tres meses por delante para salir por la ciudad, explorar los lugares de la zona y los cuerpos que rondaban por la maravillosa Gandía.